

mandatos, de las bulas anteriores que establecían el régimen de la Sociedad. Consultóse sobre ello á los cardenales mas doctos, quienes fueron de parecer que aquellas modificaciones no alteraban en nada la esencia del Instituto, y que no pasaban de ser una simple orden, y no una decision de la Santa Sede. A la muerte de Paulo IV, ocurrida un año después de estas cosas, volvió la Compañía á practicar sus antiguos usos, sin que los Papas sucesivos se mostrasen inclinados á hacer cumplir la voluntad de su predecesor.

El general Laynez y los Padres que se hallaban reunidos veían de mas léjos: Ignacio habia prescrito en sus Constituciones que se estudiase al par que la teología el Antiguo y Nuevo Testamento, y la doctrina escolástica de santo Tomás. Tomada esta prescripción al pié de la letra, podia muy bien entrabar en adelante el desarrollo de la ciencia: la teología, como todas las cosas, era susceptible de progresos; por lo que declararon: «Que se leye-
«se al maestro de las sentencias; pero que si en lo sucesivo se
«dejase ver un autor mas útil á los estudiantes, ó si se llegase á
«componer una Suma, ó lo que es lo mismo, un libro de teología
«escolástica que se reputase mas idóneo á las costumbres de nues-
«tros tiempos, podrian muy bien explicarle y aprenderle, con tal
«que fuese por una deliberacion hecha con madurez, y después
«que hubiese sido leído y examinado por los sugetos que apare-
«ciesen en la Sociedad como mas capaces de dar su voto; pero,
«todo con la aprobacion del general.»

Terminó sus sesiones la congregacion el 10 de setiembre de 1558, en la que todo se habia terminado sin pretensiones ni ruido. En la eleccion del nuevo general acababan de conformarse literalmente con la voluntad del anterior; aun mas, pareció que por medio de una minuciosa exactitud, se quiso inspirar á todos un respeto todavía mas profundo hácia el testamento de Loyola. Habia atravesado la Compañía, sin revueltas interiores, esta crisis que debian hacer tan peligrosa las exigencias de Paulo IV y la ambicion tan activa en los claustros como en el mundo, y volvía á su estado normal con mas vigor que antes de ocurrir la muerte de Loyola, puesto que se hallaba mas unida, y que acababa de hacer la experiencia de su union.

Tenia Laynez un carácter muy distinto del de Loyola, en muchos puntos: dotado de las mismas virtudes que el primer gene-

ral, abrigaba, sin embargo, en su alma cualidades y defectos que á los ojos de la historia y de la razon debian establecer entre ambos profundas desemejanzas. Era Laynez mas intrépido que Loyola; razon porque los escritores se han complacido, con poca justicia segun nuestro modo de ver, en prestar al sucesor de Ignacio unos pensamientos que jamás abrigó: el primero fue un santo, al paso que el segundo debió ser un gran político, puesto que desarrolló y metódizó cuanto el Fundador habia preparado. Loyola se habia adquirido una parte del heroismo cristiano, que todos reconocen en él, de manera que para atacar á su Orden, se han visto obligados á juzgar con menos imparcialidad á sus sucesores. El historiador protestante, Juan de Muller, ha reasumido completamente estas disidencias de opinion, explicándose en el tomo IV de su *Historia universal* en estos términos:

«La regla primitiva de la Sociedad de Jesús se hallaba en un principio sencillamente expresada, sin que contuviese nada que pudiese hacer presagiar su grandeza futura; pero los PP. Laynez y Aquaviva, diestros conocedores del corazon humano, y verdaderos fundadores de un Instituto, cuyos resultados pueden cotejarse con los que produjeron los Estatutos mas importantes de los antiguos legisladores, fueron los que desarrollaron y engrandecieron el plan de Loyola.»

La Compañía de Jesús, como hemos visto, se habia nombrado un jefe sin altercado alguno; sigámosla ahora bajo la direccion del nuevo general.

Por razones de salud y otros motivos políticos no habia podido el P. Francisco de Borja abandonar á España, que por la abdicacion del emperador Carlos V¹ habia pasado á ser el dominio de Felipe II. La Sociedad, aunque ya bien aclimatada en la Península, podia tal vez por medio de sus enemigos secretos y las agitaciones de un nuevo reinado, encontrarse expuesta á varios peligros: por otro lado, la amistad personal que unía á Francisco de Borja con Carlos y su hijo, no dejaba de parecer un nuevo obstáculo, porque Felipe hacia poco caso de lo que su padre habia practicado respecto al gobierno de su Estado. Este Príncipe rígido, á quien alarmaba tan fácilmente cualquier especie de innovacion, habia parecido dar oídos algunas veces á los adversa-

¹ El 25 de octubre de 1555.

rios de los Jesuitas, contándose muchos entre sus cortesanos, y mas de uno en las universidades y conventos; por lo que Borja juzgó útil quedarse en España.

Entre tanto llegaba al monasterio de Yuste, en Extremadura, el emperador Carlos V, después de haber renunciado en Bruselas todos sus reinos: el ejemplo que acababa de legar al mundo el duque de Gandía, si merece algún crédito D. Álvaro de Toledo, conde de Oropesa y confidente suyo, era lo que habia determinado á Carlos V á dar semejante paso. Muerto este Príncipe á los negocios en que habia ocupado su vida entera, solo pensaba en reposar de las agitaciones y guerras que bajo su reinado habian conmovido la Europa: el conquistador desengañado se habia vuelto filósofo cristiano.

Apenas entrado el Emperador en el nuevo estado que arreglaba á sus deseos, ceñidos al horizonte de un claustro y á una llanura de algunas yugadas, escribió á Francisco de Borja, contando hacer de él un compañero de soledad: la princesa Juana, que conocia á fondo el proyecto de su padre, y que debia ser funesto á la Orden de los Jesuitas, avisó á Borja, escribiéndole en estos términos:

«No he querido ser morosa, mi reverendo Padre, en remitiros este aviso, para que antes de visitar al Emperador tengais tiempo de reflexionar con vos mismo y con Dios acerca de la respuesta que deberéis darle. Acabo de saber por su misma boca lo que os escribo, no creais que son rumores vagos ni frivolas noticias: estoy persuadida de que si recordais en esta ocasion lo que debeis á vuestra Compañía, tampoco olvidaréis la obligacion en que os hallais de servir y satisfacer al Emperador mi señor.»

Bien necesario le habia sido á Loyola valerse de la autoridad que ejercia sobre sus hijos para arrancar al P. Francisco de su amada soledad, y de la tranquila ventura que disfrutaba en Oñate: debia, por otro lado, el Jesuita un vivo agradecimiento al Emperador por los favores que le habia dispensado, y por cuanto habia hecho en beneficio de sus hijos; empero, nada es capaz de alterar su voluntad: preséntase á Carlos V, que acababa de transmitir al mundo uno de esos ejemplos de desengaño ó filosofía de que raras veces se entretiene la historia, y el Emperador le acoge con tal expresion de júbilo, que casi descubre su intento por

la violacion de la etiqueta: quiere Francisco echarse á sus piés, y Carlos le recibe entre sus brazos y le ordena habitar en su mismo cuarto; cosa que jamás habia otorgado á nadie.

Hállanse, por fin, juntos estos dos hombres, cuya gloria, ambicion, esplendor y fortuna habia el mundo envidiado; pero que nada habian perdido, puesto que todo lo habian espontáneamente renunciado: dirigen una ojeada sobre el pasado, é interrogan á su vida entera; y para conservar en su mente, asediada á veces por el pesar ó el fastidio que produce la inaccion súbita en los corazones ocupados por largo tiempo, las santas ideas que habia concebido, entró en materia el solitario imperial.

Cuando ceñia sus sienes Carlos V con la diadema imperial, y se hallaba ocupando el trono de ambos mundos, se habia manifestado poco afecto á la Compañía de Jesús; prevencion, que si bien las necesidades de la política habian llegado á vencer alguna vez que otra, se volvia á despertar en el retiro de la celda. Habia sido tan condescendiente este Príncipe con los Luteranos, que aun en medio del claustro fermentaba en su alma la idea de las doctrinas que propalaron aquellos en contra del Instituto. La abdicacion del Emperador era á los ojos de Borja un título mas para respetarle: mas no tardó en conocer que trataba de asociarle á su penitencia, como en otro tiempo le asociara á sus glorias.

Empero el Jesuita, que habia sido avisado de antemano por la princesa Juana, tuvo ocasion de prepararse contra la seduccion: dió á conocer á Carlos lo que era la Sociedad de Jesús, desarrollando su plan y explicando su objeto; cuya tendencia apenas pudo comprender este Príncipe, que al paso que se iba aproximando hácia el ocaso de su vida, apreciaba tanto mas el reposo, cuanto mas caro le habia comprado, y que, como todos los viejos, solo gustaba de las cosas que habian rodeado su juventud. Aprobaba en su interior el plan de la Sociedad; pero al paso que le aprobaba, creyó no obstante deber hacerle sus objeciones: «Es muy justo, decia, lo que acabais de exponerme y está muy puesto en razon; pero aun abrigo algunas dudas: ¿por qué vuestra Compañía solo se compone de jóvenes? ¿cómo es que se encuentran tan pocos ancianos?»

Contestóle Francisco sonriendo: «Cuando la madre es joven, señor, claro está que no puede tener hijos encanecidos; y en caso de ser ese un defecto, el tiempo se apresurará á remediarle,



« puesto que los que hoy son impúberes llegarán á la madurez, « pasada una veintena de años. A mas de que no somos tan jóvenes como intenta persuadirselo V. M. ; una vez que yo cuento « cuarenta y seis años, y que no es raro hallar en la Compañía « novicios que rayen en los sesenta. » El P. Bustamante, compañero del P. Francisco, se hallaba en este caso.

El Emperador confesó que se habia engañado respecto á la tendencia del Instituto; pero con esta confesion esperaba tal vez indemnizarse con usura y fascinar á su interlocutor, proponiéndole compartir con él la soledad de Yuste, como lo habia hecho respecto á las glorias del imperio: el Jesuita eludió respetuosamente una oferta que no carecia, sin embargo, de seduccion; y pasados tres dias en el monasterio de Yuste, se retiró para continuar su apostolado.

Habia reinado Carlos V con tal majestad y esplendor; habia comunicado á la España tanta energía, y ejercia desde su monasterio de Yuste tan poderoso influjo en la corte de Felipe II, que nadie osaba sustraerse en el reino á tan poderoso ascendiente: los ministros y cortesanos eran todos hechuras suyas, y enriquecidos á expensas de su liberalidad; de manera que en el palacio del nuevo monarca se escuchaban todavía los discursos y se caminaba por las huellas de aquel Emperador que en sus dias de triunfo habia conducido á Madrid al rey de Francia en clase de prisionero. El P. Francisco acababa de pasar sesenta y dos horas en conversacion íntima y familiar con Carlos V, quien participaba después á cuantos veia la nueva opinion que habia formado de la Sociedad; lo que no podia menos de influir favorablemente en todos los ánimos. D. Juan de Vega, presidente del Consejo de Castilla, se habia declarado al mismo tiempo protector de la Orden; así es que semejantes apoyos en un tiempo en que la herejía se entronizaba en Sevilla, seduciendo á una multitud de católicos por medio de sus obras, tanto mas apreciadas cuanto mas severas se ostentaban las órdenes que las prohibian, eran un contrapeso enorme contra el luteranismo que se introducía en esta ciudad con el atractivo del fruto vedado.

De un Emperador sepultado en el retiro de un claustro, pasa el P. Francisco sin transicion á la morada de un rey muerto. El 11 de junio de 1557, exhalaba Juan III el último aliento en Lisboa; y no encontrando Carlos V medio mas á propósito para consolar á

la reina Catalina, su mujer, que se hallaba sumida en un profundo desconsuelo, mandó salir á Borja para Portugal. Iba el Jesuita encargado á la vez de una embajada de familia y otra de confianza; mision que llenó á satisfaccion del Emperador, regresando á España después de haber visitado las casas de la Compañía. El colegio de Coimbra se hallaba en estado floreciente, puesto que contaba mas de quinientos escolares en 1558. Sobre el mismo tiempo se erigian otros en Toledo, Ocaña, Montilla, Palencia, Segovia y Madrid, siendo el P. Francisco el alma de todas estas fundaciones. Carlos V le llamó á su lecho de muerte, y le nombró su albacea testamentario: el P. Francisco pronunció en presencia de toda la corte la oracion fúnebre de este Emperador, que segun la palabra del Rey profeta, se habia alejado para habitar en la soledad.

La universidad de Alcalá se hacia como una auxiliar de los Jesuitas, incorporándose en este mismo año de 1558 á la Compañía treinta y cuatro de sus doctores: Deza, su rector, y Francisco Toledo, á quien el célebre Domingo Soto apellidaba ya entonces un prodigio de ciencia, acababan de renunciar á sus dignidades para caminar en pos de las huellas de Borja. En las montañas de Asturias, en ese país del que un dia salió Pelayo para empezar contra los moros una guerra que duró siglos enteros, la ignorancia habia engendrado el embrutecimiento; Francisco envia misioneros á ese pueblo próximo á recaer en su antigua barbarie, y somete á la fe la brutalidad de sus pasiones. Pero Francisco se vió obligado á separarse de España á instancias del cardenal D. Enrique de Portugal y la reina Catalina, que necesitaban sus consejos.

En 1559 fue llamado á la corte el P. Luis Gonzalez de Cámara, asistente del general, para encargarse de la educacion del joven rey D. Sebastian; invitacion á que se resistió el Jesuita, porque sabia cuán difícil es instruir á un soberano. El carácter impetuoso de D. Sebastian y su pasion desenfrenada por las armas y combates, pasion que mas adelante acarreará la ruina de Portugal y de su dinastía, todo esto lo expone Gonzalez en las cartas que dirigió al general de la Compañía¹. Aterraban al Jesuita sus inclinaciones marciales, y retrocedia ante el compromiso de tan peli-

¹ Estas cartas están depositadas en los archivos del Gesu.

groso honor; pero consultados Laynez, Francisco de Borja y todos los provinciales, declararon la imposibilidad en que se hallaba la Compañía de rehusar al nieto de Juan III y sobrino de Carlos V este testimonio de gratitud; pasando D. Sebastian á ser el primer monarca educado por los Jesuitas.

El dominico Bartolomé de los Mártires, que acababa de ser elegido arzobispo de Braga, escribía á Laynez en esta misma época: «Me dirijo á los Padres de vuestra Orden, tan llenos de celo y capacidad, para hacerlos coadjutores míos en la obra del Señor, y los mas activos instrumentos de la gloria divina en un país que necesita extremadamente su caridad.»

Desesperábanse los herejes y algunos frailes católicos al observar tales progresos, y como la calumnia es en todos los países y en todos los rangos la condicion tácita de la gloria, amalgamaron su odio, procurando suscitar una furiosa tempestad contra los Jesuitas, y en especial contra el P. Francisco de Borja.

Como la herejía no contaba otro adversario formal mas que la Compañía de Jesús, que aparecía como por encanto para combatirle en cualquiera terreno elegido por los sectarios, progresaba rápidamente en Sevilla. Pusieron en juego los herejes un nuevo artificio respecto á la ignorancia y credulidad de las masas: sabían que en Valladolid, así como en Sevilla, iban á tener á los Jesuitas por adversarios, y los acusaron de hallarse imbuidos en las doctrinas que esperaba sembrar el luteranismo en el suelo español.

Empezaron desde luego á esparcir esta calumnia con solapada astucia, diciendo que ya se habían dado á conocer los propagadores de las nuevas ideas, dando á entender que bien pudieran ser los Teatinos, nombre que llevaban aun los Jesuitas en la Península; y aunque se hallaba este aserto tan poco verosímil, la multitud le dió crédito. Citaron testigos que en diferentes ciudades, distantes entre sí, habían visto quemar á los Jesuitas por las autoridades inquisitoriales; y que Francisco de Borja solo había debido á la elevacion de su cuna el que se hubiese dilatado su suplicio. Los mas interesados en propagar la calumnia parecían le daban asenso, aun cuando conocían perfectamente su falsedad: otros menos audaces se contentaban con limitarse á meras reticencias, mas funestas aun que las mas robustas convicciones.

Hallábase á la sazón desempeñando el cargo de inquisidor general el arzobispo de Sevilla, D. Fernando Valdés; quien propo-

niéndose dar un testimonio público de la inocencia de los Jesuitas, declaró por medio de una acta emanada de su tribunal, que la doctrina de los hijos de Loyola era completamente ortodoxa; y para quitar á la malignidad todo pretexto de duda, quiso servirse de ellos en el ejercicio de sus temibles funciones; proyecto á que se negaron constantemente los Jesuitas. La Inquisición era en todas partes, y en España especialmente, el origen y fuente del poder, y al incorporarse en su gremio los hijos de Ignacio, hubieran pasado á gobernar; y esos hombres á quienes tanto se ha tachado de ambiciosos, rehusan con todas sus fuerzas el ejercicio de la magistratura inquisitorial, cuyos rigores hubieran mitigado antes con su proverbial mansedumbre.

Los sectarios, que no habían logrado convencerlos de herejía, desesperando de su mala causa, los transformaron en un instante en inquisidores: no habían podido acusarlos de víctimas, y quisieron darles el título de jueces, aglomerando sobre sus cabezas una calumnia, que por lo absurda dejó de rebatirla la Compañía, que hizo mal. La Sociedad de Jesús callaba, es cierto; pero sus émulos concluían de su silencio que seguramente existiría un fondo de verdad en medio de tanta impostura, y coligados los frailes y los herejes volvieron á la carga con mas ahínco, cuando vieron la ninguna oposicion que les hacían los Padres.

La ausencia de Francisco de Borja, que se hallaba hacia diez meses en Portugal, fue explotada por los coligados como un punto de apoyo en que basar sus nuevas intrigas. Francisco había tenido frecuentes relaciones con Domingo Rosas, sectario acérrimo que fue condenado á morir en la hoguera, y conservaba una estrecha amistad con el arzobispo de Toledo, Carranza, de la Orden de Predicadores; y como el arzobispo de Sevilla envidia el puesto del de Toledo, este es conducido al tribunal del Santo Oficio. Acúsale á Borja de intimidación con este Prelado: acusación que confesó ser cierta gloriándose de ella, y aun encargándose de su defensa; pero si Carranza, después de haber estado preso en España y en Roma, es declarado inocente y restituido á su silla; Francisco, que siempre ha sido su partidario aun cuando le vió abandonado de sus clientes y amigos, no encuentra para sí la misma justicia.

Había compuesto, antes de su ingreso en la Compañía, dos opúsculos ascéticos, y sus enemigos introducen en ellos pasajes

sospechosos y frases que necesitaban explicacion, y comunicando á estos libros, así adulterados por manos ajenas ó ávidas, una celebridad que jamás habia obtenido su primitivo texto. Decia san Agustín, hablando de su siglo: que el temor de las herejías hacia juzgar de todo con rigor: en el siglo XVI sucedia lo mismo; la Inquisicion sospechaba de todas las obras, por cuya razon se vieron sometidas al Santo Oficio las atribuidas al duque de Gandía, lanzándolas aquel un entredicho. Fácil le hubiera sido á Francisco el justificarse; pero se contentó con sonreirse, esperando del cielo una defensa que su humildad no le permite entablar.

Esta abnegacion que los hombres no comprenden, porque saben que en el mundo todos procuran sostener su reputacion y honor, redobla la audacia de los adversarios de Borja: si la Inquisicion se contentaba con censurar los libros apócrifos que se publicaban á nombre del antiguo duque de Gandía, sus émulos se ejercitaban en poner en juego los resortes de la política; bien persuadidos de que Felipe II no seria tan tolerante respecto á este asunto, como se mostraban los inquisidores en materia de fe.

Borja no podia ser hereje ni inquisidor; improvisáronle de repente reo de Estado. Felipe II, durante su mansion en los Países Bajos, infantazgo de la corona de Castilla, habia nombrado regenta de España á la infanta su hermana. Esta princesa habia recurrido á la prudencia y conocimientos de Borja en todos los asuntos de gravedad, concernientes al régimen de la monarquía, y esto solo bastó para que los émulos de los Jesuitas vituperasen cuanto bueno se habia hecho en el transcurso de la regencia: acusaron á Francisco, solapadamente en un principio, y de un modo mas explícito después, de infidelidad á la persona del Soberano, y de mantener relaciones secretas con los enemigos del Estado. Semejante acriminacion perjudicaba á la Compañía entera, puesto que de la persona de Borja recaia directamente en todos sus individuos como subordinados y cómplices suyos.

Era demasiado perspicaz el Soberano para dar crédito á unos alegatos desprovistos de pruebas; pero era rey, y por consiguiente dispuesto á dejarse engañar. Sabia muy bien que Francisco estaba inocente de semejantes imputaciones; pero entraba en los cálculos de su política el abrigar la sospecha, aun contra sus mismos amigos, para no permitir á sus enemigos una débil vislumbre de perdon ú olvido. Disponíase Borja á obedecer la orden del

pontífice Pio IV y el precepto de Laynez, general de toda la Compañía, que le mandaban presentarse en Roma, cuando pasaron á verle el príncipe de Eboly y el duque de Feria, favoritos ambos del Monarca, y no le ocultaron que Felipe esperaba de él que se justificase: «Bien conoce el Rey, le dijeron, que no sois culpable; pero desea que aparenteis disculparos, ora para dar un ejemplo patente de vuestra sumision, como para vindicar á vuestro Instituto, que pudiera tal vez tener un disgusto por el descontento que manifiesta el Soberano.»

Esta última consideracion influyó poderosamente en el ánimo de Borja. Si solo se hubiese tratado de su personal reputacion, jamás hubiera consentido en justificarse de un crimen imaginario; pero atendiendo al interés general de sus hermanos en religion, dirigió á Felipe II una carta en que le explicaba con la mayor franqueza su conducta, ya en lo concerniente á los asuntos políticos, ya en los respectivos y peculiares de la Sociedad. El Monarca hubiera debido quedar satisfecho con esta demostracion; pero no fue así, como vamos á verlo. Dábale parte Borja en su carta de su próxima marcha para Roma, y el Jesuita salió sin aguardar su permiso: se alejaba de España en un momento en que el Soberano desconfiaba de todos sus vecinos, y en el que Laynez se dirigia á la corte de Francia, tal vez para poner un dique á sus proyectos, tan vastos ó mas que los del emperador Carlos V, su padre. No fue menester mas: recogieron una por una todas estas circunstancias producidas por el acaso, y formularon una nueva acta de acusacion. Púsose Felipe á echar en cara á la Sociedad de Jesús su demasiado apego hácia la Francia; al paso que en esta nacion reprochaban á los Jesuitas que no sabian disimular sus inclinaciones por la España.

El 7 de setiembre de 1561 entraba en Roma el P. Francisco. Laynez, que debia acompañar á Paris á Hipólito de Este, cardenal de Ferrara y legado de la Santa Sede, antes de ponerse en camino nombró á Salmeron por vicario suyo; pero hallándose precisado este á asistir al concilio de Trento, recayó el empleo en Francisco de Borja, cuyos consejos tomaban y seguian la corte pontificia y el cardenal Carlos Borromeo, sobrino del Papa. Este momento en que el general de la Compañía se dirige á Francia para asistir á una conferencia que ha de celebrarse en Poissy, es el mas á propósito para dar á conocer los primeros actos de su administracion.